

La ciencia política frente al espejo

Israel Covarrubias^[*]

Buena parte de las inconsistencias de la ciencia política provienen de la academia. En el presente ensayo se esboza una crítica a la forma en que esta disciplina ha venido desarrollándose en las aulas y cubículos universitarios, que también constituye un aspecto básico para evaluar las contradicciones de los “saberes superiores” sobre lo político

Israel Covarrubias^[*]

EN LA ORILLA DE UN VASO QUE CORTA

Como en ningún otro momento de su historia, la ciencia política no se había encontrado con tantos promotores que han hecho de ella un núcleo de trabajo y una oferta formativa particularmente relevante en el interior de las ciencias sociales.

Quizá se puede decir, exagerando un poco, que la ciencia política ha desplazado gradualmente la centralidad que por décadas la sociología tuvo en sus variadas formas hacia las distintas narrativas que habían dado cuenta en modo pormenorizado de lo social y lo político, tanto teórica como empíricamente. Sin embargo, a la par de esta positiva explosión de la ciencia política,^[1] no es un secreto que la ciencia política actual adolece de un profundo ensimismamiento intelectual e institucional. Una actitud introvertida que deja entrever muy poco la originalidad de sus productos intelectuales, a pesar de que se pretenda, a fuerza de repetición, dejar (como confirmación que ya no necesita del contraste y la refutación) la sensación de que se ha avanzado demasiado en la elaboración de teorías, métodos y sobre todo investigaciones que corroboran su pertinencia y profundidad. Es algo así como si la sola presencia de esta actitud, por lo demás provinciana, fuera suficiente para expresar de una vez por todas que la ciencia política está en su mejor momento. ^[2] Pero he aquí la confusión: está en su mejor momento en la primera acepción que acabo de expresar (su logro histórico) pero no en su mejor momento en cuanto a la originalidad de la producción politológica en los últimos años (introversión por exageración de confinamiento). Si algo tuvieron aquellos que le han dedicado toda una vida a cultivarla, es su actitud abierta de desafío por lo establecido en el interior de la propia disciplina y no como hoy que se sustituye dicha actitud creativa por una actitud esquiva y, la mayor parte del tiempo, incrustada en la desgracia paradigmática de las “cajas” que la ciencia política ha construido en tiempos más recientes.^[3]

Al respecto, existen varios efectos de esta situación. El primero es la ausencia de pluralismo en el interior de la ciencia política. Y ello es identificable más que en las teorías y paradigmas que rigen la vida de las comunidades académicas que cultivan la disciplina, en los enfoques y estrategias para llevar a su conclusión las premisas e investigaciones. En este punto, es palpable que aquellos que intentan escapar de las usanzas más recurrentes para abordar el estudio de los fenómenos políticos, inclusive en el abordaje empírico de estos últimos, están “fuera” por default de dichas comunidades académicas al olvidarse conscientemente de no comulgar con la mayoría artificial o real que sedimenta una forma de trabajo que alguien ha pensado “como la mejor”.^[4] En efecto, para que una disciplina se desarrolle en el terreno intelectual y en la producción de conocimientos, está obligada a construir acuerdos mínimos respecto al objeto de estudio y el método o métodos que se deberán seguir (los pasos lógicos) para que la disciplina se construya

en cuanto tal. Pero de aquí a sugerir que existe un solo camino para llegar a dicho acuerdo mínimo, resulta francamente fuera de lugar.

En este punto, es pertinente recuperar una vieja ironía aristotélica. Decía Aristóteles: “un reinado perpetuo entre iguales es una desigualdad insoportable”.^[5] Y esto es más claro cuando hablamos de introversión por exceso de confinamiento disciplinario de las comunidades académicas promotoras de la ciencia política. Más aún, en un país como el nuestro que está en un momento en el cual el “pensar diferente”, el “pensar a contracorriente” es una causa más que suficiente para quedarse en los bordes de dichas comunidades de conocimiento.^[6] Demasiada homogeneidad produce el efecto contrario: la necesidad de pluralización de actitudes hacia el conocimiento y de formas de generar nuevos saberes mediante investigaciones que sigan los pasos lógicos obligados pero que no necesariamente tengan que comulgar con el autor X, la teoría Y o el concepto Z y que son elementos que la mayoría de las veces han sido generados en otra comunidad de conocimiento abiertamente diversa a la nuestra.

Ironía más válida si reparamos en el hecho de que la ciencia política es una disciplina comparada y en nuestro país al autor X, la teoría Y y el concepto Z son apropiados sin la distancia metodológica necesaria, olvidando por completo que hoy en día cualquier producción teórica en las ciencias sociales para que se vuelva fecunda es local o no es. Una ironía más: el hecho de que aquellos cultores que en algunas instituciones de México han exagerado el uso de tales autores y teorías, no producen ciencia política comparada. Es decir, se importa la “caja de herramientas” para utilizarla en un conjunto de fenómenos políticos que no son investigados en clave comparada.^[7] Entonces, ¿para qué sirve importar una “buena” teoría que no será confrontada en el terreno empírico comparadamente?, ¿para distinguirse de los pares en el interior de la comunidad académica local?, ¿o es un efecto de la introversión académica de la ciencia política mexicana que se refleja claramente en la forma igualmente introvertida de dar cuenta en sentido politológico de su sistema político?

¿ANTICIPACIÓN O BANALIZACIÓN?

Un segundo efecto, cercano al primero, es que la ciencia política, al pretender solidificarse en un campo de saber delimitado con una inclinación particular hacia la formalización excesiva de sus propios descubrimientos, termina haciendo de estos últimos un saber y un conocimiento insustancial. Es decir, entre más original ha pretendido volverse la ciencia política actual ha terminado por instituir: a) una fuerte y peligrosa rutinización de su saber y, por ende, de su enseñanza (se desarrolla hasta un determinado punto en términos de acumulación, pero se decide arbitrariamente quedarse ahí y no dar un paso adelante, véase supra); b) una alteración profunda de los originales (en la forma de la producción teórica y su consecuente vinculación con la investigación empírica) en los cuales está sustentada la ciencia política como disciplina histórica por lo menos en dos sentidos: 1) la poca insistencia por recuperar a los clásicos contemporáneos (o maestros de la ciencia política) que la disciplina produjo en décadas pasadas;^[8] 2) la posibilidad de provocar, debatir y sugerir, aunque sea en potencia, un atisbo de lo que tentativamente puede llamarse pensamiento anticipatorio.

Con relación a la recuperación integral de los clásicos —que por edad son definitivamente contemporáneos— de la ciencia política y, por ende, de los originales intelectuales de la propia disciplina, bastaría indicar un elemento constitutivo y relevante para su recuperación: hay que recordarle a las distintas comunidades académicas que un autor clásico es aquel que ha dado

indicaciones teóricas o ha podido vislumbrar perspectivas de investigación empírica que resultaron extremadamente útiles y relevantes para su época. En este sentido, lo pueden ser aún hoy por el hecho de que observemos las maneras en que fueron abordados los fenómenos políticos de su tiempo y las maneras en que resolvieron estos autores sus problemas teóricos y metodológicos. De igual modo, su re-lectura puede permitirnos descubrir los registros de su originalidad en los campos de conocimiento que instituyeron, y que resultan ser herramientas útiles de inspiración para la creatividad obligada de cualquier investigación politológica.

Si bien es cierto que los temas y fenómenos de nuestro tiempo son más complejos y en muchas ocasiones distan profundamente de aquellos que se manifestaron lustros atrás, a pesar de la aparente conexión o de las líneas reales de continuidad en las grandes problemáticas de la ciencia política (por ejemplo, el fenómeno general de la democratización), un acercamiento pormenorizado a ellos podría permitir en el tiempo inmediato y también en aquel mediato la medida para no dejarse guiar por el llamado novismo y por las repeticiones y alteraciones temáticas. Así pues, por ejemplo, esto evitaría las concepciones puramente sincrónicas de los propios fenómenos políticos, pues si observamos el grueso de investigación que se realiza actualmente en México en el área de ciencia política, encontraremos un elemento subterráneo y negativo que muchos de estos trabajos expresan: pareciera que la historia y sus expresiones salen a la luz cada sexenio, y cuando éste último finaliza, se abre un nuevo ciclo histórico que es necesario capturar en sus supuestas coordenadas de inteligibilidad, dejando parcialmente de lado el sexenio pasado o las décadas que han precedido y han ayudado a la confección de los propios fenómenos. En este mismo orden de ideas, otro elemento que nos permite identificar y, al mismo tiempo, corroborar la importancia de un clásico contemporáneo en la ciencia política es que sus libros no son de vida breve, antes bien, de largo respiro. Así pues, a diferencia de las investigaciones que hoy se llevan a cabo, el autor y la obra de un clásico la mayoría de las veces no sufre la usura del tiempo como sucede con nuestros libros de coyuntura y con aquellos otros de investigación pero de una vida brevísima.^[9] Probablemente sufren el destino fatal de los clásicos antiguos, modernos y contemporáneos: todo mundo los cita pero nadie los lee.^[10]

Aunado a lo anterior, y del cual dependerá en gran medida la plena recuperación de los originales de la ciencia política, está el problema de la recepción o las maneras de leerlo en la actualidad, cuyo éxito o fracaso está supeditado básicamente a dos puntos de estructuración: 1) las formas que el autor utilizó para responder al problema que se ha planteado y su vigencia; 2) el lugar en el cual estaba parado el autor y el lugar en el cual estamos parados nosotros como lectores. Cuando se olvidan ambas premisas, se deriva que la mayor parte del tiempo la recuperación de un clásico contemporáneo es de forma puramente escolástica (quién fue, qué hizo, etcétera), lo que nos lleva a una recuperación banal o insustancial.^[11]

Un clásico contemporáneo (por lo menos en la ciencia política) es aquel que ha tenido en su tiempo la capacidad de instituir un esquema de pensamiento anticipatorio. Es decir, primero se pregunta en modo agudo por la situación que guarda una sociedad, un paradigma, un tipo o conjunto de fenómenos que no han sido tratados con la debida suficiencia. Después, a partir de este examen indica algo que está a punto de ocurrir pero sobre lo cual nadie hace las preguntas pertinentes y, sobre todo, nadie se encuentra en grado de referir, de igual modo, las consecuencias que ese conjunto de fenómenos tendrá.^[12] Por lo tanto, si este elemento de anticipación y/o revelación (en su sentido originario) está hoy literalmente ausente de la ciencia política, y más aún, dadas las reticencias de podernos identificar en una filiación cultural, intelectual y disciplinaria originaria y original, un efecto natural que se ha estado importando

(con una acentuación creciente en los centros de trabajo y reflexión mexicanos) es recurrir sistemáticamente a la imitación no creativa. Esto también ha tenido que ver con otro elemento conectado íntimamente con la ausencia de pensamiento anticipatorio y la falta de recuperación integral de los clásicos contemporáneos: la fractura o imposibilidad de modelos y el olvido deliberado para constituir escuelas y/o tradiciones propias de pensamiento e investigación.

UN MODELO PARA ARMAR: ¿EL TALLER O LA FÁBRICA?

En la actualidad, asistimos a un punto de articulación múltiple en el cual la presencia o ausencia de pensamiento anticipatorio y recuperación integral de los clásicos contemporáneos se debe, en gran medida, al rol que han jugado las instituciones académicas (en tanto confabuladores intelectuales) en la pulverización de cualquier tipo o forma de reflexión que permita el crecimiento de la relación maestro (modelo) y alumno (discípulo). Es decir, en el caso de que tal relación tuviera lugar, permitiría el nacimiento —ya no pidamos una escuela estrictamente de pensamiento— por lo menos de una escuela de ciencia política: un centro, una institución o una constelación institucional, algunos programas de posgrado que guíen los ritmos auténticos de la ciencia política local por un camino propio y original, y no por aquellas salidas de emergencia que expresa la imitación y repetición de lo que se ha vuelto la pauta a seguir.[\[13\]](#)

Asimismo, este modelo para armar tendría que hacer nuevamente suya la vieja práctica de la enseñanza del oficio del politólogo (que es aquel que se formaría y dialogaría con sus filiaciones originarias) en un modelo muy semejante al del taller: maestro-aprendiz. Ahora bien, aquí vale la pena subrayar un punto que puede ser imperceptible: la universidad —sobre todo la pública—, con su creciente masificación en México, y en el caso que nos atañe, tiene un límite estructural innegable: la universidad es un modelo más cercano al de la fábrica que al del taller: la producción intelectual es “en serie” y no “artesanal”.[\[14\]](#)

Al mismo tiempo, encontramos algunas atenuantes periféricas que han vuelto de difícil conclusión la consolidación de escuelas de ciencia política en nuestro país: a) la circunstancia tecnológica hace que no sea necesaria la presencia del maestro. [\[15\]](#) Ergo, la escuela jamás podrá ser conformada; b) la edad contemporánea —ya nos lo enseñaba Weber— está marcada por un profundo politeísmo de los valores, conjugado con una crisis de la racionalidad que hace proliferar más las “capillas” que las escuelas; c) el poco o nulo compromiso de las instituciones y comunidades académicas con el “bienestar del cuerpo político”,[\[16\]](#) ya que se pretende llevar a la práctica la falta de originalidad constitutiva (véase supra) a rango de decisión política.

¿QUÉ HAY DETRÁS DEL ESPEJO?

Detrás del espejo de la ciencia política existe una serie de logros como aquellos que referí al inicio de este

artículo. Sin embargo, no es suficiente para un país que expresa un déficit profundo en sus maneras de enseñar, generar y acumular conocimientos en una disciplina como la ciencia política. Más aún, porque pareciera que la originalidad está lejos de ser un elemento constitutivo de la comunidad académica

local, en cuyo interior tenemos una fuerte y perniciosa división y subdivisión del trabajo intelectual que corresponde más a las disputas entre instituciones y menos a la diferenciación entre escuelas de pensamiento o de ciencia política. De aquí pues que lo único que observemos sea una vulgarización latente en la forma de ejercer el oficio profesional del politólogo. Junto a

ello, el espejo de la ciencia política refleja una imagen distorsionada, opaca, del valor cognitivo que la disciplina pudo tener de no habersele confinado en exceso. Es decir, la ciencia política en México ha ocupado en los últimos lustros una dimensión simbólica que es una función para generar sentido (justificar lo que se hace) frente a los pares de la comunidad académica, frente a las instituciones que actúan como receptáculo de dicha actividad, y frente a la sociedad en su conjunto.

Una ausencia más: no se observa una transmisión y recambio generacional en la ciencia política profesional en nuestro país. Existen pocos elementos en común entre los grupos generacionales que cultivan la disciplina. Todavía se utilizan los “grandes nombres”, los mandarines, para indicar, proponer, referir, dar las pautas de las nuevas líneas de investigación y de debates que habrán de generarse. Los marcos de referencia siguen en una situación poco acorde con los tiempos que corren en México: si ha costado enormidades democratizar este país, cosa que por lo demás hay que festejar, pareciera que la acumulación de la investigación en la ciencia política camina en un sentido diametralmente opuesto: se está dirigiendo peligrosamente hacia un punto crítico, que no tiene retorno. De seguir esta ruta crítica, tendremos que ir pensando en un fracaso histórico de la acumulación de conocimiento en términos disciplinarios.